

piensa que allí vió la luz
 de la vida sin ocaso,
 el enérgico adalid
 de los fueros democráticos;
 el protector y el amigo
 de los dolientes esclavos;
 el genio de la victoria,
 de la insurgencia el dechado;
 ¡el héroe que por su patria
 dió la vida en holocausto!

FULGENCIO VARGAS.



EL SARGENTO BORREGO

Temiendo á los insurgentes,
 que se hallaban en Jalisco,
 pasó con algunas tropas
 muy asustado, ¡qué digo!
 lleno de terror, corriendo,
 volando cual pajarillo,
 que rápido hiende el aire
 al mirarse perseguido;
 así pasó presuroso
 por Zacatecas, repito,
 Cruz, el general realista
 tan odiado y tan temido
 por su déspota conducta,
 por su carácter altivo,
 por sus sanguinarios hechos
 que llevaron al suplicio
 centenares de patriotas,
 en venganza ó en castigo
 de haber por el patrio suelo
 luchado con heroísmo.

Hallábase en Zacatecas
 muy inquieto y afligido
 el general ya citado,
 que allí llegó "de improviso"
 con el fin de dirigirse
 á Durango, único asilo

que por entonces quedaba
al jefe ya referido.
Antes de seguir su marcha
llevóse para el camino
cien mil pesos que el gobierno
tenía en plata reunidos.
Llevóse también la tropa
de "Navarra," y aun el "Mixto,"
que era un batallón urbano
de Zacatecas nativo.
Y con estos elementos,
que no eran tan poco auxilio,
marchó Cruz para Durango
huyendo del enemigo;
pero en Arroyo de Enmedio (*)
se vió en terrible conflicto
el orgulloso soldado
del Rey y del servilismo.

Un sargento valeroso,
muy patriota y aguerrido,
de nombre José María,
Borrego de apelativo,
lanzó con voz imponente
de la libertad el grito,
sin temer á los sicarios
de aquél bando fementido.
—"¡Que viva la Independencia!
¡Que viva México! dijo.
¡No más reyes ni tiranos
se burlen ya con cinismo
de nuestra patria bendita,
de la patria en que nacimos!"

Y la voz de aquél valiente,
de aquél soldado atrevido

(*) Rancho á seis leguas distante de Zacatecas.

fué secundada por todos
sus compañeros y adictos.
El jefe realista, entonces,
asustado y pensativo
se retiró sin batirse
con los soldados del "Mixto;"
no quería más victoria
que salir de aquél peligro.

Borrego marchó en seguida
á Zacatecas, tranquilo,
con todos sus camaradas
de milicia, que aquél grito
habían secundado ufanos
el día cuatro ó el cinco
del mes de Julio y del año
en que con gloria y con brillo
quedó libre de opresores
nuestro México querido.

En Zacatecas, por tanto,
hubo inmenso regocijo,
pues el pueblo entusiasmado
y en grandes masas reunido,
proclamó la independencia
con repiques y con himnos,
con músicas y con salvas
y otros patrióticos signos
del placer con que ese pueblo,
humillado, envilecido,
al llevar por tantos años
de la esclavitud los grillos,
saludaba ardientemente
con inmenso y leal cariño,
á la madre idolatrada
que veía libres sus hijos,
después de tantas desgracias,
de tan cruentos sacrificios,
de tantas luchas y pruebas

con que quisiera el destino
acrisolar la constancia,
la lealtad, el patriotismo
de los que á México hicieron
libre por todos los siglos.

Tributar, pues, homenaje
de gratitud, es debido,
al intrépido Borrego
que supo valiente y digno
humillar á los soldados
del colonial despotismo,
y legar á Zacatecas
un nombre preclaro, invicto.

E. AMADOR.

(1895.)



EL JARAL

(Tradición.)

Escuché de mis abuelos
en las horas de mi infancia,
cuando en las noches muy frías
el hogar chisporroteaba,
que en los albores del siglo
décimo nono, unas cuantas
cásuchillas de rastrojo,
melancólicas se alzaban
en el agreste misterio
de las selvas inmediatas
al lugar en donde ahora,
como un panal se levanta
bullicioso el pueblecillo
de mi tierra idolatrada,
de aquésta tierra feliz
donde mis ojos miraran
el dulce y suave fulgor
de la primera alborada.

El paisaje más bravío
y encantador presentaba
la imponente soledad
de esta escondida comarca

con sus bosques de mezquites
 y sus hermosas montañas:
 al Oriente, cual rival
 de los picos de Himalaya,
 Culiacán el portentoso
 con sus grutas y barrancas;
 y al Oeste, de "La Bolsa"
 las colinas dilatadas
 con sus "Tetillas y Mesas"
 exhúberas, solitarias;
 en el fondo, en la llanura
 de verdes sauces sembrada,
 formando curvas el Lerma
 con el cristal de sus aguas,
 y en el follaje sombrío
 de las frescas enramadas
 pájaros mil entonando
 sus dulcísimas sonatas.

Esta hermosa soledad
 de bellezas virgilianas
 interrumpióse esa vez,
 mis abuelos me contaban,
 cuando las tropas de Hidalgo,
 después de tomar la plaza
 cuya alhóndiga gigante
 mil tesoros ocultara,
 resolvieronse á marchar
 á la ciudad encantada
 que se esconde en los vergeles
 de la tierra michoacana.

Cubriéronse las colinas,
 los llanos y las cañadas
 con el tremendo aluvión
 de la hueste americana,
 y su pendón sacrosanto,
 y su bandera adorada
 desplegóse al suspirar
 de las brisas y las auras

que gimen en los sauces,
 que lloran entre las cañas
 de aquesta tierra feliz
 donde mis ojos miraran
 el dulce y suave fulgor
 de la primera alborada.

Sus sencillos habitantes
 cual pastores de la Arcadia,
 con zampoñas y vihuelas,
 con tamboriles y gaitas,
 fiesta típica ofrecieron
 en sus humildes cabañas
 al Sacerdote Rebelde,
 al anciano que retara
 la omnipotencia y orgullo
 de los iberos monarcas.

De mirasoles y lirios,
 maravilla y cinco-llagas,
 ofrecieronle coronas
 las pudibundas zagalas
 que al compás de sus panderos
 alegremente bailaban.

La tradición, la leyenda, (*)
 en sus urnas perfumadas

(*) Con encantadora sencillez, con naturalidad de imágenes y con la galanura y bien decir que en las narraciones de escenas campestres antójasenos á perfume de heno ó suave fragancia de almendros tiernos en flor, mi amigo Fulgencio Vargas, vindicador de héroes desconocidos, describe en su preciosa obrita "La Revolución de 1810 en el Estado de Guanajuato" aquel conmovedor episodio que tuvo como protagonistas al inmortal revolucionario de Dolores y al obscuro quanto honrado y patriota campesino D. Manuel Mufiatones.—Nota del Autor.

han conservado piadosas
 la memoria dulce y grata
 de aquél risueño episodio
 que vino á romper la calma
 secular, abrumadora,
 que cual losa funeraria
 tendíase sobre los campos
 de mi tierra idolatrada,
 de aquesta tierra feliz
 donde mis ojos miraran
 el dulce y suave fulgor
 de la primera alborada.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



UN SACERDOTE PATRIOTA

(Marzo de 1811.)

Escuchemos lo que dice
 La muy expresiva carta,
 que en mil ochocientos once
 y el mes de Marzo fechada,
 escribió desde Revilla
 un patriota de las almas
 al caudillo que á las tropas
 insurgentes comandaba.

“Señor don Ignacio Allende:
 Mi corazón triste se halla
 al saber que usted se encuentra
 en el Saltillo, en compañía
 con el señor Cura Hidalgo
 y sus demás camaradas,
 huyendo del cruel Calleja,
 que los persigue con saña.

Quiera Dios que sea mentira
 esta especie tan infame;
 y entre tanto va mi hermano,
 el conductor de esta carta,
 á saber lo que hay de nuevo
 con respecto á nuestra causa;
 “y si esta desgracia es cierta,
 “mi corazón no desmaya.”

pues me pondré sin demora
 listo para la campaña,
 á las órdenes de usted
 "con mi caudal y mis armas,
 que son: "una carabina"
 magnífica, americana,
 "una escopeta excelente,"
 "una pistola" de marca,
 "un gran fusil" de calibre
 para regulares balas;
 "de pólvora cinco libras
 "y de plomo cuatro planchas;
 "treçientos pesos" que tengo
 y es la única ganancia
 de una escuelita de niños
 en que yo mismo enseñaba,
 y también de la limosna
 que me dan las misas diarias;
 "doscientos pesos en libros
 y á medio hacer una casa."
 Todo esto daré con gusto,
 y casi lo estimo en nada,
 por la santa Religión
 Y por mi adorada Patria,
 que durante tres centurias
 ha vivido esclavizada,
 hasta que usted en Dolores
 y otros hombres de gran talla
 se lanzaron animosos,
 procurando libertarla.
 Y siguiendo yo esta senda,
 con mis humildes proclamas
 y el auxilio de mi hermano
 en toda esta gran comarca,
 he procurado ayudar
 á nuestra bandera santa
 en el nuevo Santander
 y en la provincia inmediata
 del nuevo Reino de León,

no menos que en la asonada
 que allá en Béxar estaló
 hace muy pocas semanas.
 "Señor: no hay que desmayar,
 la cosa no está tan mala,
 pues todas estas provincias
 están algo insurgentadas,
 y hasta los indios lipanes
 por la independencia claman.

"En fin, mi citado hermano
 dará nota detallada
 de cómo en estas regiones
 las cosas públicas andan,
 y de cómo yo introduje
 en villa de Mier, con maña,
 por manos de gachupines
 las censuras decretadas
 contra la Augusta persona
 del señor Hidalgo. Basta,
 pues ta es son las razones
 que me animan y entusiasman,
 hasta el grado de decir
 que moriré en la demanda
 clamando gustoso: ¡viva
 nuestra Religión amada!
 ¡que viva también la Virgen
 de Guadalupe, la indiana,
 y que muera el mal gobierno,
 el mal gobierno de España!

Vuestro atento Capellán
 que sus respetos os manda.
 El Bachiller "José Antonio
 de Gutiérrez y de Lara."

Dar todo lo que se tiene
 y darlo con toda el alma,

como una oblación sincera
 en el altar de la patria,
 ¿no es éste un ejemplo hermoso?
 ¿no es esta una acción bien clara?
 de brillante patriotismo
 y de abnegación sin tasa?

E. AMADOR.

México, Diciembre de 1908.



UN SACERDOTE MARTIR

(Mayo 7 de 1812.)

En una hermosa colina
 inmediata á Teremendo,
 donde frondosos se yerguen
 mil árboles corpulentos,
 se encontraba muy confiado,
 unido á tres compañeros,
 un valiente sacerdote
 que con patriótico anhelo
 había luchado sin tregua,
 con ardor y gran denuedo,
 contra las huestes del Rey
 que á los bravos insurrectos
 perseguían en aquel rumbo
 con cruel encarnizamiento.
 Confiado estaba, decimos,
 y sin temer ningún riesgo,
 en la cumbre inaccesible
 de aquél intrincado cerro
 cuyas rocas y cantiles,
 barrancas y voladeros
 eran muro inexpugnable
 contra enemigos externos.

El Brigadier don Torcuato
 de Trujillo, á quien vencieron
 en el Monte de las Cruces
 Hidalgo y sus compañeros,

al tener seguro informe
de parte de algún perverso,
del lugar en que se hallaba
el sacerdote indefenso,
ordenó á don Juan Pesquera
fuése pronto á sorprenderlo
con un grupo de realistas,
de noventa, más ó menos,
que marcharon con sigilo
por escondidos senderos
á cumplir la comisión
que del jefe recibieron.
La noche era tenebrosa,
imponente era el silencio;
no se escuchaba ni el canto
de los buhos agoreros,
ni el ladrar ladino y fuerte
de los vigilantes perros.
Los soldados de don Juan
mil obstáculos vencieron
para llegar á do estaba
la presa de sus deseos;
mas no por ende lograron
impunemente su objeto,
porque el héroe, sin turbarse,
con aquél súbito encuentro,
bajó buscando refugio
al escondite secreto
que al pie de dicha eminencia
le servía de alojamiento,
y era una gruta techada
con tablones y con leños,
fuertemente defendida
por escabroso terreno..

Allí se propuso el Padre
combatir hasta el extremo,
porque sus tres camaradas
lo abandonaron, huyendo,

sin darle ningún auxilio
en aquel acto supremo.
El realista comandante
quiso vencer con el miedo
al sacerdote que estaba
rodeado por cien guerreros,
intimándole saliese
de aquél angosto agujero,
y si no, se ordenaría
que la tropa hiciera fuego;
mas esta dura amenaza
la contestó con desprecio,
arrojando á los realistas
muy ofensivos dicitrios,
apodándolos de herejes
y de traidores adeptos
del tirano Napoleón
y del colonial gobierno.
Indignados los "chaquetas" (*)
con ese recibimiento,
se lanzaron iracundos
contra el aguerrido clérigo;
mas éste los recibió
bizarramente dispuesto
á morir en la pelea,
por la patria combatiendo,
pues cuenta el parte oficial
relativo á este suceso,
que con temerario arrojo
se sostuvo defendiendo
por espacio de una hora
y sin flaquear un momento.
Sus armas eran las piedras
que lanzó con gran esfuerzo,
para evitar que trepasen
los que con ardiente empeño

(*) Así llamaban los insurgentes á los
realistas.

se proponían dominarlo
para llevárselo preso.
Acercósele un dragón
y lucharon cuerpo á cuerpo,
mas al fin el sacerdote
le dió un piquete soberbio
con una lanza; y al punto
el jefe de rabia lleno,
hizo disparar las armas
á todos sus subalternos,
y una descarga terrible
retumbó por todo el cerro.
Instantes después oyóse
un quejido lastimero....

Era el Padre, que, tirado
en su rústico aposento,
mostraba mortal herida
que recibiera en el pecho;
y aun así, chorreando sangre,
inerte ya y prisionero,
su espíritu no flaqueó,
manteniéndose impertérrito,
pues continuaba increpando
con durísimos conceptos
á los que villanamente
procuraron sorprenderlo.
¿Sabéis quién era ese Padre,
ese adalid sin ejemplo,
ese patriota atrevido,
digno de amor y respeto?
Llamábase Guadalupe
Salto, y era en Teremendo
el Vicario cura de almas
antes de ser insurrecto.

Entre tanto el comandante
Pesquera, muy satisfecho
de haber al fin conseguido
su propósito funesto,
dispuso que el Padre Salto,

Y vencedor de tres jefes
O muertos ó fugitivos,
Lo vió Tehuacán triunfante
De más gloria circuido,
Con sus formidables huestes
Y universal regocijo.

No se entregará al descanso
Ni al festejo, previsor,
Y después de tres jornadas
En que hubiera combatido

Siempre con éxito; oculta
Empresa lleva consigo,
Impenetrable al alcance
Del vulgo, que del sigilo

En los planes de la guerra,
El suceso ha dependido
Muchas veces; y á Morelos
No faltó ese requisito.

Ya va el ejército en marcha.
De los fusiles el brillo:
El matiz de los plumeros,
De las banderas el viso:
El crugir de las cureñas:
De caballos el relincho:
El fragor de los clarines:
De tambores el sonido:
Van siguiendo el movimiento
Y contrastan el prolijo
Silencio de veteranos,
Que ajustan al artificio
Sus maniobras compasadas
Cual la táctica previno,
Y á la voz de capitanes
Expertos y endurecidos,
El valiente Matamoros:
Galeana esclarecido:
Bravo esforzado: Montañó:
Victoria, modelo vivo

De intrepidez y constancia:
 Terán, joven favorito
 De las ciencias: Sesma y otros
 Cuyos nombres esculpidos
 En la historia, pasarán
 Hasta los remotos siglos,
 Como de ilustres patriotas
 Y denodados caudillos.

Atravesando los valles
 Las tropas y el tren lucido,
 Jardín ambulante fingen
 Con ramos de acero limpio:
 Con azucenas de pluma,
 De púrpura y oro lirios,
 En calles de humanos troncos
 Con simetría suspendidos;
 Donde concertados sonos
 Forman metálicos trinos,
 Que al combate convidando
 Convidan al regocijo.
 Si del valle á las gargantas
 Al través de precipicios,
 Por entre escarpadas rocas,
 O por anchurosos ríos,
 Desfila rápida ó lenta
 En mil lugares distintos
 Aquella selva animada
 Trazando líneas y giros,
 Un agigantado boa
 Se creyera ver al vivo,
 Deslizarse cauteloso
 Por buena presa atraído.

La marcha larga y penosa,
 En el desierto camino,
 Los soles abrasadores,
 Las inclemencias del frío.

De conducir los cañones
 Y el bagaje, el infinito
 Trabajo, en el aspereza
 Arrastrados de contino,
 Si los rostros y el acero
 Dejaron ennegrecidos,
 Si marchitaron las galas
 Y bélicos atavíos,
 Y por el hambre los cuerpos
 Quedaron enflaquecidos;
 De aquella legión gloriosa
 Subió más grados el brio.

Ya en las cumbres de San Juan
 Del Rey, al fin reunido
 Está el ejército. Absorto
 Vé á sus pies el peregrino
 Valle de Antequera, entonces
 Sembrado de pueblos ricos
 Por sus cosechas de grana,
 Que la púrpura de Tiro
 Supera, y rival no tiene,
 Ambicioso el mundo antiguo
 Como el oro demandaba
 Un fruto tan exquisito;
 Pero es Oajaca una joya
 De estima y precio subido:
 Y en su defensa el virrey
 Allí mantuvo y previno
 De soldados y cañones
 Un número bien crecido.
 Está de hierro erizada,
 Y sus guardas requeridos.
 El ejército acampaba
 En los llanos extendidos
 De Viguera, y entre tanto
 De su llegada el aviso
 Reciben en la ciudad
 Los realistas sorprendidos;

Pero en su poder fiando
 Y con un grueso escogido
 De tropas, salió Regules,
 Y á observar al campo vino;
 Mas el coronel Montaña,
 A su encuentro apercebido,
 Con sus formidables lanzas
 Tanto destrozo le hizo.
 Que derrotado, deshecho,
 Á la ciudad pavorido
 Huye en pos de sus trincheras
 Y á buscar en los auxilios
 De sus hombres y resguardos,
 Defensa y seguro asilo.
 Dado del suceso parte.
 Y después de haberlo oído
 Morelos, manda que formen
 Los cuerpos. En su destino
 Los jefes y capitanes.
 Un redoble repetido
 Por tres veces, de la orden
 Del día, es el toque preciso.
 El general la ha dictado
 Con singular laconismo.
 Con seguridad pasmosa.
 Con acento decisivo:
 "A acuartelarse á Oajaca.
 Es sólo su contenido,
 Que oye el ejército y alza
 De ardor y júbilo el grito.

 II.

LOS AMIGOS

Los enlaces inocentes
 Que se forman en la infancia,
 O no se destruyen nunca.
 O dejan memorias gratas;

Y cuando corrido el tiempo
 Con estrella buena ó mala,
 Recobramos el amigo,
 De nuestra edad más temprana,
 Aquella amistad de niños
 Sus privilegios reclama,
 Y sin esfuerzos ni dudas
 Los restituye y alcanza.
 Mas á veces las pasiones
 Que germinan en el alma,
 Fructificando rencores
 Todo vínculo quebrantan.
 Ejemplo, Claudio y Enrique
 De esta veleidad humana:
 Que los unía la inocencia,
 Y el interés los aparta;
 Interés de una belleza
 Que rivales obsequiaban:
 De política intereses
 Que la discordia separa.
 Y los que un solo deseo
 En la niñez respiraban.
 Después el odio alimentan,
 Respiran sólo venganza.

A Enrique por sus riquezas
 Y por sus prendas bizarras,
 Lo estiman los caballeros
 Y lo encarecen las damas.
 La hermosa Isabel reune
 Con el ingenio las gracias,
 Y sensible á los obsequios,
 A las amantes instancias
 De D. Enrique, modesta
 Su ardiente cariño paga.
 Claudio en el pecho de celos
 Un volcán ó infierno guarda.
 Como su rival no tiene
 Riqueza, apostura y galas;

Pero posee otros recursos;
Es ingenioso, y con maña
Se ha ingerido en los consejos,
Y del jefe de la plaza
Auditor y confidente,
Es de sus planes el alma.

De Isabel rondaba Enrique
Como amante, las ventanas,
Al favor de las tinieblas
Y al abrigo de la capa,
Cuando ve á un hombre encubierto
Que de la esquina inmediata
A media voz le decia:
—“Caballero, una palabra.”
Y con precaución lo sigue
A un extremo de la plaza.
El incógnito del rostro
El embozo separaba:
—“Yo soy Claudio, D. Enrique,
Le dice, no es cosa extraña
Que como rival ó amigo
Hace rato le aguardaba.”
—“No le extraño, le contesta;
Pero campo de batalla
Mejor, debiera escojerse
Para cruzar las espadas.”
—“Esto prueba, le replica,
Y el venir aquí sin armas,
Que mi intención es distinta
¡Enrique, amigo! te engaña
(Prosigue Claudio diciendo)
Una contienda villana;
No soy tu rival, renuncio
De grado mis esperanzas
Y pretensiones, si logro
Recobrar tu confianza
Como amigo: si lo dudas,
Sirvan de prueba estas cartas

Que sin prudencia escribiste.
(Y unos papeles mostraba)
Dando secretos avisos
Del estado de la plaza.
Si el comandante las viera
A fe que fuera muy mala
Tu suerte; pero he logrado
Del proceso segregaras
El hecho me hace culpable;
Mas la amistad me forzaba:
Te quise salvar, Enrique
Y hay en su acento y miradas
De verdad una expresión
Tan patente y es tan clara
Su noble accion, que una injuria
Enrique se haría en dudarla.
Le echa los brazos al cuello,
Su voz la ternura embarga.
Lo estrecha, y los dos amigos
Por un breve rato callan;
Siguieron después las bodas
De D. Enrique: su casa
Don Claudio con mutuo agrado
Desde entonces frecuentaba.

Livida la tez de pena,
Las manos enclavijadas,
Hiriendo el pecho divino
Del dolor la dura daga,
Afligido el bello rostro
Que un cerco de luces baña:
Negro el manto que se pliega
Sobre la túnica blanca;
En su soledad la Virgen,
Por diestro pincel trazada,
Ofrece un antiguo cuadro
Suspendido en una estancia,
Y cerca de él dos bujías
De cera, ardiendo. Postrada

Ante la imagen, se mira,
 Una mujer de tan alta
 Beldad y de hechizo tanto,
 Como de aflicción tan rara,
 Que al emblema de lo hermoso
 El del pesar igualaba,
 Y más pareciera al verla
 En la angustia, y á la escasa
 Claridad de las antorchas
 Que oscilan, y sombras varias
 De los muebles y las telas
 Difunden, mezclan y cambian,
 Ser aquel cuadro un espejo
 Que á la aflijida retrata.
 O bien que dejando el lienzo
 Oscuro, la imagen sacra,
 Cobra acción, desciende al suelo
 Y nuevo llanto derrama.

Este duelo, este conflicto
 De Isabel, se originaba
 De una breve conferencia
 Que había tenido en la sala.
 Don Claudio, según costumbre,
 Vino aquel día á visitarla;
 Pero inquieto, el embarazo
 En su rostro se pintaba.
 Isabel sin observarlo
 Por su esposo le demanda;
 Si hay noticias le interroga.
 —Sí, señora, pero malas,
 Le contesta: el enemigo
 A la ciudad amenaza.
 —“Yo pregunto por Enrique
 Y el estado de la causa.”
 —“Está concluida y resuelto
 Que en esta propia mañana...
 —“Hable vd., D. Claudio, diga
 Qué suerte á mi esposo aguarda.—

—“El comandante, señora,
 Un escarmiento prepara
 A los rebeldes, y ordena
 Que si Morelos ataca,
 A los presos sin demora
 Se les pase por las armas:
 Concede sólo dos horas
 Para esto, ó la retirada.—
 —Pero Enrique...!—En el proceso
 Se complica, y unas cartas...—
 —Mas vd. de su inocencia
 No ha mucho me aseguraba.—
 —Es cierto, ¿cómo pudiera
 Isabel, desconsolarla?
 Un solo arbitrio se encuentra;
 Resta solo una esperanza:
 “Consintiendo vd.—A todo;
 Huiré con él.—Menos basta:
 Si de mi amor, Isabel,
 El fuego antiguo templara
 Un solo favor, en gozo
 Se trocaría la desgracia.
 Enrique al punto evadido
 Con mi auxilio, y rechazada
 La invasión, luego un indulto
 Fácilmente se le alcanza.
 Si la ciudad, al contrario,
 Vencedor Morelos gana,
 Con el influjo de Enrique
 Mi perdón seguro se halla.
 El feliz, yo venturoso,
 Y vd. á los dos nos salva.
 —Malvado, dice Isabel,
 He comprendido esa trama
 Del infierno; delator,
 Espía y verdugo, restaba
 Esta injuria. Te abomino,
 Y si he de pedirte gracia

Será que á tantas maldades
No el villano insulto añadas."

Y torciéndose los brazos
Convulsiva, "¡Virgen Santa
De la Soledad! tu amparo
Dame," con fervor exclama.

Vuelve después á D. Claudio
Una severa mirada
Que lo reprende, lo asusta,
Y los colores le saca.

—"Antes, le dice la muerte;
Antes la viudez aciaga.
¡Hombre perverso! tu vista
Más que la pena, me cansa."

—Bien, señora: recobrando
Su disimulo y su audacia,
Saldré, D. Claudio contesta,
Y á efectuarlo se prepara.

Con ironía la saluda:
Al reloj la vista clava,
Lo consulta, y sonriendo
Con cierta expresión amarga,

—"Sólo dos horas... murmura,
Es corto plazo: mañana
O serás viuda paloma,
O está el milano en la jaula."

Y calándose el sombrero,
Arrebozado en la capa,
Toma la puerta y al punto
Hasta la calle se planta.

—
Esta singular escena
Dentro la ciudad pasaba,
Mientras las huestes patriotas
Al ataque se preparan.

Ya los cañones Terán
Ha colocado á vanguardia;
Al fuerte contrario asesta
Ruinas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,
Jóven valiente comanda,
La altura de San Lorenzo
A la bayoneta ganan.

Los dragones de Montaña
Arden por teñir sus lanzas;
Pero el fuerte que por nombre
"De la Soledad," llevaba,

Dominando el campo vierte
Tanta copia de metralla,
Que largos surcos abriendo
En las filas destinadas

Al asalto, las detiene,
Las rompe, y ya vacilaban,
A pesar que en exhortarlas
Sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro
Un ancho foso guardaba
Con su elevadizo puente,
Que le da mucha ventaja.

Y porque al fin hombres eran
Los que resistiendo estaban,
Y no de acero, ni tienen
Más que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha
Ya en el campo circulaba
Siniestro; pero un caudillo
Lleno de vergüenza y rabia

Detiene á los fugitivos,
Se pone al frente y les habla:
—"Ha del valor, compañeros!
Adelante, camaradas."

Y dando él mismo el ejemplo
Ligero al foso se avanza,
Al través de espesa niebla,
De humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan solo
del ardor que lo acompaña,

La acción mayor ejecuta,
Que en fabulosa rayara.
A no declarar testigos
En gran número, esta hazaña,
Que de "Victoria" el renombre
Por ella le dió la fama.

"Cobardes," á los contrarios
Con voz de trueno gritaba,
"Allá voy; para batiros
No he menester de las armas."

Y siguiendo el movimiento
más veloz que la palabra,
A la otra orilla el acero
Arroja y se tira al agua.

Lo imita al punto la tropa;
El enemigo se pasma:
Huye con pavor. El puente
Rápido y crugiendo baja.

En un tostado alazán,
Crin espesa y prolongada,
Cuello altivo, corta oreja,
Breve la cabeza y alta,

Ojo ardiente, fuerte el pecho,
Ventre leve, llena el anca,
Estrecho y sonoro casco,
Canilla enjuta y delgada,

Con fuego el aliento arroja,
El freno con fuerza tasca,
Copos de espuma esparciendo
Que el cuerpo y arneses baña.

Matamoros, el invicto
(Segundo en jefe) cabalga,
Recorte veloz el campo:
Ligero en las filas pasa.

Todo lo ve, lo dirige,
Aquí amonesta, allí alaba:
Y donde el mayor riesgo,
Allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos
Ordenes dictando claras,
Con un sosiego que hiela,
Con una frialdad que espanta,
Tranquilamente un "tabaco,"
Como de habitud "fumaba;"
Y si el enemigo bronce
De su lado le arrebatara
Un edecan, que de sangre
Su propio vestido mancha,
Al rumbo do sale el tiro
Con desdén los ojos alza.

En todas partes la lucha
Está con ardor trabada:
En todas el plomo silba,
Las voces en todas claman.

Suena el clarín, suena el parche,
Las bayonetas y lanzas
Se cruzan, y el bronce ardiendo
Entre relámpagos brama.

Pero corre el tiempo. Un ruido
Sordo y confuso se alcanza
A escuchar: también de lejos
Se vé una nube inflamada.

Señal que sigue el combate
Y que en la ciudad batalla
Disputando, el enemigo,
El terreno en retirada.

Ante la imagen divina
Isabel arrodillada,
Vertiendo llanto copioso,
Eieva ardiente plegaria.

Lo que D. Claudio le dijo
Con más atención repasa,
Y de su Enrique el suplicio
De los ojos no se aparta.

Las cárceles y conventos
 Muchos presos encerraban,
 Y está de muerte contra ellos
 La sentencia pronunciada.

Ella lo sabe y ha oído
 Voces, rumores de armas,
 El tropel de los caballos,
 El toque de generala.

Oye también dar la hora;
 De improviso una descarga...
 Y otra más... "¡Virgen piadosa,
 Dice, tu favor le valga."

Y alzando juntas las manos
 A la Imágen Soberana,
 Inclina después el rostro,
 Y se queda como estatua.

—"¡Isabel!" fuerte una voz
 Oye de cerca nombrarla,
 Y súbita á la afligida
 La ciñe una sombra humana

Más que un hombre. Su cabello
 Luengo y en desórden vaga:
 Enjuto, amarillo el rostro,
 Crecida al pecho la barba.

Y destrozadas las ropas,
 Como el que en prisión muy larga
 Ha vivido, y de improviso
 Los calabozos quebranta.

Lo ve Isabel, se estremece:
 Con fuerza pugna: se arranca,
 Huye, corre, se imagina
 Que la sigue una fantasma.

—"Yo soy, Isabel, tu esposo,
 Yo soy Enrique." La llama:
 Ella lo oye y reconoce,
 Vuela, y amante lo abraza.

Quedó cumplida la "órden
 De acuartelarse en Oajaca;"
 Sus defensores rendidos
 Se humillan, y obtienen gracia.

Los calabozos se abrieron,
 Entre vivas y alabanzas;
 El obispo y sus guerreros
 Repicaron las campanas.

Jalapa, Agosto 16 de 1844.

JOSE DE JESUS DIAZ.
